



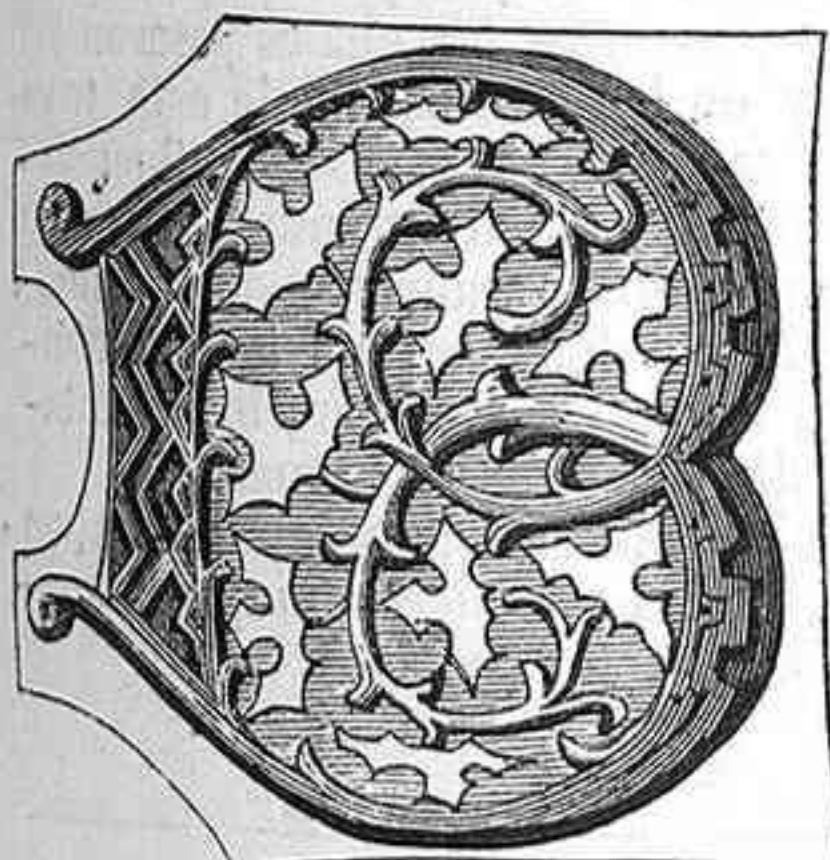
NÚM. 47. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 24 DE NOVIEMBRE DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

## REVISTA DE LA SEMANA.



buena noticia: vamos á tener pronto papel bueno y barato para imprimir y tejidos finos, blandos, suaves y delicados que aplicar á nuestras carnes y á nuestras heridas en los diversos estados de salud y enfermedad; todo merced á un procedimiento de un célebre químico

francés, comunicado á otro célebre químico español, el cual le ha comunicado á su vez á las personas reales, que por su parte le han puesto en conocimiento del ministro de Fomento, el cual ha enviado el negocio en consulta á una comision para que forme el oportuno expediente. Trátase de obtener ese tejido fino, suave y esponjoso de que hablamos por medio de ciertas manipulaciones hechas con una planta bastante comun en España, y que hasta ahora no ha tenido aplicacion generalmente sino como combustible. Esta planta es la retama; segun parece, el químico francés ha enviado al español y este ha presentado á la reina muestras de una tela de retama que nada deja que desear, y que puede reemplazar al algodón en muchos casos.

Y ¿cómo se hace tela de retama? Ahí verán ustedes. Ese es precisamente el secreto del procedimiento que hasta ahora no se nos ha descubierto y que sin duda estará encargada de investigar la comision que el ministro de Fomento ha nombrado al efecto. Esperamos que la comision publique pronto su informe para que sepamos si es verdad que puede dar tan buenos resultados una planta hasta ahora productiva, pero no en tan alto grado como lo seria si pudiera utilizarse para la industria manufacturera.

Arregladas las diferencias con Marruecos, el príncipe Abbas y su comitiva han abandonado nuestra capital, Un periódico dice que el hermano del emperador marroquí, queriendo dar una prueba de distincion á varios

artistas y profesores españoles, les ha hecho el regalo de un *autógrafo escrito por él mismo* en árabe. En este autógrafo espresa simplemente el encargo que cada individuo ha desempeñado cerca de su persona: de modo que por ejemplo á doña Polonia Sanz, le habrá dado un papel que en letras árabes dirá *sacamuelas*; á un médico le habrá dado otro que dirá *al-beitar* (lo cual en árabe quiere decir *el médico*), etc., etc. El gran mérito de estos autógrafos, estriba en que como dice el periódico de quien tomamos la noticia, están de puño y letra del mismo príncipe: si fueran autógrafos escritos por terceras personas, serian una curiosidad nunca vista, pero no tendrían gracia.

Una cuestion peliaguda ha suscitado un periódico de medicina *El Monitor de la Salud*. Nuestro colega afirma que el dejarse crecer la barba es en ciertos casos preservativo contra el reuma y las anginas y deplora que seamos todos, hasta los moscovitas

Si barbones ayer, hoy señoritas.

El *Monitor* entra luego en detalles estadísticos sobre esta enmarañada cuestion de barbas, y echa la cuenta del tiempo que se pierde diariamente en raparse la cara y del trabajo y dinero que se tira, digámoslo así, por la ventana con motivo de esta operacion. En España, dice habrá unos cuatro millones de hombres que se afeitan, que á quince minutos diarios ó nueve dias al año pierden treinta y seis millones de jornales; y calculando á 20 reales por jornal, se deduce que la pérdida es de 720.000.000 de reales anuales.

Veán ustedes lo que nos perdemos solo por no dejarnos crecer los pelos de la cara. Pero este cálculo aun nos parece corto, porque no incluye el ahorro de lo que se da á los barberos, fabricantes de navajas, jabones, baciadores, etc.

Nosotros con los mismos datos podríamos sacar la cuenta de lo que se pierde en lavarse la cara y el cuerpo y es seguro que aun deduciríamos una pérdida mayor. Podríamos probar además que el peinarse es anti-higiénico y provoca la caída del pelo, como lo demuestra el hecho de que los osos que nunca se peinan están fuertes y robustos sin que haya memoria en toda su raza de haberse encontrado un solo calvo.

De manera que si reducimos á cuestion de pérdidas ó ganancias de jornales todos los actos de la vida, vendremos á parar en que es poco el tiempo que se emplea de un modo materialmente productivo y que se pierde mucho no solo en lavarse y afeitarse sino en

visitas, en paseo, en familia, en el teatro, en la iglesia, en la cama, en la mesa, en todas partes. Bueno es dar tiempo al tiempo y que la economía política no se convierta en vieja regañona que venga á mezclarse en ciertas cosas instigada por esa otra vieja cuentista y no siempre verídica, que se llama estadística.

Y sobre la pérdida ó ganancia de tiempo, se presenta hoy un curioso problema. El sultan de Turquía, que murió hace pocos meses, dejó unas ochocientas viudas, y se pregunta: ¿perdió el tiempo ó no perdió el tiempo? Su sucesor las despidió á todas, quedándose solo con una; pero despues ha reunido en su harem hasta mil trescientas mujeres. ¿Cuándo ha perdido el tiempo Abdul-Azis, cuando entró á reinar ó ahora? Habrá quien crea que ahora el bueno del sultan no debe tener tiempo que perder.

Segun un periódico, en los últimos cuarenta y ocho años se ha aumentado en mil sesenta y cinco el número de abogados del colegio de Madrid. Al contemplar este excesivo número, propone otro colega que se eleven los derechos de matrícula y se opongan otros obstáculos al estudio de las leyes, porque esto de estudiar leyes cuando son muchos los que las estudian, debe ser una grave calamidad. ¡Válganos Dios qué remedios se proponen en nuestro país tan fuera de todo camino! ¿No valdria mas suprimir tales derechos de matrícula, y que cada uno estudiara lo que quisiera y donde quisiera? ¿Cómo se pretende que adelantemos si á cada paso tenemos nuevas trabas para nuestra marcha? Las matrículas para toda clase de estudios se han ido elevando desde 1845 hasta el dia, en cada plan ó reglamento, hasta el punto de costar hoy mas la enseñanza gratuita de los establecimientos públicos que la particular con profesores especiales. De aquí resulta que el pobre no puede estudiar, y que todavía la mitad de nuestra poblacion está en el mas lamentable atraso.

Gran ruido está haciendo en el extranjero la novela *Los Miserables*, que se propone dar á luz Mr. Victor Hugo, y cuya propiedad ha vendido á Mr. Lacroix, librero de Bruselas. Segun parece esta novela, mas interesante aun que *Nuestra Señora de Paris*, es el fruto de treinta años de tareas en que el autor ha puesto en juego todo su talento, su esperiencia y su maestría. La obra nada tiene que pueda considerarse como alusion política, ni que deba hacer sombra á ningun gobierno; tiene un fin altamente moral y es, en una palabra, el producto de un gran genio llegado á su madurez, y libre de las preocupaciones accidentales que pudieran influir

en otra clase de escritos. Créese que á últimos del año actual ó en los primeros días del inmediato, comenzará en Bruselas la publicacion de esta interesante produccion que el público, no solo francés sino europeo, pero sobre todo el francés, espera con tanta mayor avidez, cuanto que hay actualmente completa esterilidad de obras de acreditadas plumas.

La Zarzuela nos ha dado estos días *Un Tesoro Escondido*; y el Circo *Una Mina de Oro*; de suerte que no hay que preguntar si seremos ricos. El tesoro ha sido bien recibido del público: ¿quién no recibe de buena gana un tesoro? Pero en materia de minas se ha llevado uno tantos chascos... que cuando nos anuncian una, y especialmente si es de oro, estamos casi á punto de echar mano á las pistolas como el cadete de la cancion. Asistimos, pues, con desconfianza á la primera calicata de esa mina, y vimos con dolor que no habia criadero; en vez de oro lo mas que vimos fue mica. El jóven autor de esta zarzuela podrá con el tiempo, y aprovechando sus buenas dotes, convertir la mica en oro; mas la otra noche su obra se quedó lejos del blanco que se habia propuesto.

En Oriente se ha estrenado la ópera *Giuditte*. La música es de buen gusto; la ejecucion buena por parte de Bettini y la Julienne, dejó bastante que desear en las demás partes.

El Príncipe ha dado *Un noble de nuevo cuño*, con un éxito poco lisonjero asi para el autor como para la empresa, á la cual aconsejamos que hile mas delgado.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## LA FORMACION

DE LA SUPERFICIE DE LA TIERRA.

### I.

La superficie de la tierra que habitamos no era en un principio lo que es hoy, y aun en el día, está sujeta á variaciones perpétuas que parecen insignificantes comparadas con el todo, cuando las juzgamos por los resultados que producen en un corto espacio de tiempo. Pero la época que pueden abrazar las observaciones humanas es corta, pues la historia entera de la humanidad no es mas que un instante comparada con la de la tierra, es decir, con el inmenso espacio que debe haber trascurrido desde que nuestro planeta llegó á ser un cuerpo subsistente por sí mismo.

La accion volcánica atrae desde el interior á la superficie de la tierra, masas de piedras líquidas y ardientes, que se solidifican como arroyos de lava ó se amontonan en capas de sedimentos, formando de este modo nuevos montes y nuevas islas que abrazan centenares de millas, las cuales se elevan á veces muchos piés sobre su anterior nivel, como se ha observado en este siglo en la costa de Chile, al paso que otras zonas se han hundido notablemente. De este modo obra la accion volcánica aumentando en general la desigualdad que se encuentra en el fondo del mar y en la superficie de la tierra.

El agua por el contrario va destruyendo y nivelándolo todo en la superficie, unas partes las disuelve químicamente, y mecánicamente arrastra las otras consigo. Todos los arroyos, todos los rios, acarrear sin cesar partículas de la tierra á la ancha cuenca de los mares, que lentamente vuelven á bañar las costas de donde las arrancaron mientras que en su profundidad ó en otras partes de sus orillas se van depositando en forma de capas estas partículas arrancadas.

De este modo los efectos del agua y los de la accion volcánica se ayudan mutuamente para sostener el equilibrio; lo que la una destruye lo repone la otra en otro punto en sentido inverso.

Además de estos dos principios tan importantes para las alteraciones en la superficie de la tierra, obran en menor escala, el aire con sus corrientes, la vida orgánica y otras varias causas que la hacen ser lo que es, aunque los efectos de estas son mucho menores que los de las primeras. Podemos, pues, sostener decididamente que la superficie de la tierra no presenta jamás en un momento cualquiera, la forma que tenia en un todo en el momento anterior; pero estas alteraciones perpétuas son generalmente tan pequeñas en los puntos aislados que solo pueden conocerse despues de haber trascurrido muchos años.

Estos acontecimientos y estas alteraciones no se pueden conocer mas que por la estructura interior de la corteza terrestre que está formada en su totalidad en diferentes tiempos. Se echa de ver que la forma de las tierras y su superficie, lo mismo que la del suelo del mar, ha cambiado constantemente; que allí donde ahora hay mar ó tierra ha habido muchas veces alternativamente las dos cosas y que el estado momentáneo de la superficie terrestre, asi como la estructura interior de su dura corteza, es solo el resultado de todos estos sucesos. La geología es la ciencia que se ocupa en la investigación de estos cambios y la que por lo tanto conduce á conclusiones mas vastas acerca de la historia del desarrollo del cuerpo terrestre. No hay razon alguna

para suponer que las leyes de la naturaleza, por las cuales se verifican estas perpétuas transformaciones de la corteza terrestre, han sido en otro tiempo distintas de lo que son hoy. Es verdad que se necesita admitir el trascurso de periodos inmensos para poder explicar por medio de ellos el estado actual de la tierra; pero ¿qué límite se nos opondria en el dominio de la eternidad? ¿Qué importa que para la explicacion de un hecho geológico necesitemos suponer que ha trascurrido una hora ó algunos millones de años, lo cual en la mayor parte de los casos es completamente igual, si por lo demás la explicacion que damos no está en contra de las leyes de la naturaleza ya conocidas?

Mientras mas atrás vuelve la vista el geólogo para leer la historia de la tierra, mas confusos é indeterminados son los caracteres en que esta está escrita. Estos caracteres llegan por último á convertirse en geroglíficos para cuya interpretacion, es necesario admitir ciertas hipótesis inevitables en la geología, las cuales naturalmente son tanto mas probables cuanto mas sencillamente esplican los fenómenos.

Una de estas hipótesis que se halla muy extendida entre los geólogos de la actualidad, es la de que toda la tierra se encontraba en un principio en un estado de fluidez ardiente, que por un enfriamiento ha producido el estado actual. Los físicos, los astrónomos y los filósofos pueden ir mas allá en sus especulaciones y suponer antes de este un estado de gases, etc., pero hasta ese punto no llegan las conclusiones de los geólogos, puesto que á ellos solo les sirve de punto de apoyo la constitucion del estado actual.

Vamos á examinar y á seguir aquí ahora aquella hipótesis en sus consecuencias mas importantes, á saber: cómo se puede hacer provenir de ella el estado presente de la tierra en general. Si se logra salir en esto último de un modo satisfactorio, será evidentemente un testimonio favorable para la misma hipótesis, la que sin embargo no tendrá aun el carácter de una teoría basada científicamente. Para que esto fuera asi, seria necesario que hubiera una completa armonía con los hechos lo que hasta ahora no ha sido posible alcanzar.

Despues de hecha esta advertencia no se interpretará mal el que en las presentes consideraciones adoptemos para la esposicion un tono mas determinado del que convendria en rigor, para tratar de una hipótesis, pero esto lo hacemos únicamente para que sea mas comprensible.

La tierra se hallaba en un principio en su totalidad en un estado de fluidez ardiente, pero esto no quiere decir que no estuviera ya en aquella época envuelta en una atmósfera aeriforme que debia tener sin embargo una combinacion esencialmente distinta de la de hoy.

Todo fluido inmóvil en el que no influye ninguna fuerza estraña que le impulse, toma la figura de una esfera; pero si un globo formado de una materia blanda y casi líquida gira alrededor de uno de sus ejes, en ese caso se achata en la direccion del eje de su movimiento y llega á ser una elipsóide, y si como sucede con respecto á la tierra por la atraccion de otros cuerpos celestes, otras causas esterores obran tambien al mismo tiempo de un modo irregular en su configuracion, la elipsóide formada por la rotacion no será perfecta. Esta es la figura que presenta la tierra en general segun se puede calcular por su pesadez y por la velocidad de su movimiento, aunque estas alteraciones tan insignificantes producidas por influencias irregulares no pueden determinarse especialmente con relacion á la figura que se supone á la tierra sin consideracion á aquellas perturbaciones; la figura de la tierra viene á ser por lo tanto la de una naranja. Sin embargo, el eje alrededor del cual gira la tierra es solo  $\frac{1}{500}$  mas pequeño que su diámetro mayor por el ecuador.

Puesto que el espacio tiene una temperatura muy baja, que aunque no puede determinarse, es ciertamente inferior á  $50^{\circ}$ , el globo terrestre en su estado de fluidez ardiente, cuya temperatura, á juzgar por la materia ya conocida de su superficie actual, escedia en todo caso de  $2,000^{\circ}$ , debió ir enfriándose en el espacio por la disminucion del calor. Entonces empezó á formarse en su superficie una costra producida por el enfriamiento semejante á una capa de hielo que se forma sobre el agua. Pero cuando el flujo y el refujo producido por la atraccion de la luna y del sol imprimieron un movimiento constante á la masa terrestre completamente líquida, entonces no pudo tener lugar la formacion de esta costra sin que se verificase una fragmentacion grande y continuada. Esta capa delgada debe haberse roto muchas veces en pedazos que volverian á unirse de nuevo formando una tierra fuerte que no duraría largo tiempo, hasta que por último el enfriamiento siempre creciente produjo una capa dura formada por los pedazos de tierra unidos entre sí; esta capa no ha vuelto á romperse, únicamente ha presentado algunas veces ciertas hendiduras parciales.

De este modo hemos llegado progresivamente á la corteza fuerte que rodea á la sustancia fluida y que quedaba envuelta en la atmósfera de aquella época; pero el agua no existia aun y pudo formarse entonces, cuando el enfriamiento de la superficie habia avanzado tanto, que su calor no escedia del grado de ebullicion, bajo la presion atmosférica que en aquel periodo se hallaba probablemente mucho mas elevada.

Esta corteza fue adquiriendo cada vez mayor espesor por el enfriamiento progresivo, del mismo modo que engruesa el hielo de un estanque cuando el frio dura largo tiempo. Pero luego que las partes que componen el agua tuvieron la posibilidad de reunirse, debió empezar su influencia perturbadora en la superficie esterores. Lo que el agua arrancaba mecánicamente de un punto lo depositaba en otro; esto produjo las piedras llamadas sedimentarias ó formadas de capas. No debemos estrañarnos de que estas presenten una combinacion muy uniforme, puesto que no hubo mas que un solo material para su destruccion y su formacion posterior.

Pero la corteza de la tierra continuaba abriéndose, á consecuencia tanto de las alteraciones de la atraccion del sol y de la luna, como por la contraccion producida en la misma corteza que iba enfriándose cada vez del globo, debia necesariamente comprimir alguna de las materias que le llenaban, las cuales se enfriaron en modo las piedras llamadas de erupcion, formando de este modo el pórfido, el basalto, etc., de las que la corteza firme de la tierra se halla sembrada de un modo tan abundante.

Como el enfriamiento se extendia á la vez por el interior, aquellas masas de erupcion debian salir necesariamente con el tiempo de las regiones cada vez mas profundas en que se hallaban. Pero si como parece muy probable, en el globo formado por el fluido ardiente se habian separado en algun modo segun su peso específico, las partes que le constituyen, en ese caso es natural que las nuevas piedras de erupcion que salieran posteriormente, se formasen de otro modo diferente del de las antiguas. Esto sirve para explicar en parte la diferencia de las piedras de erupcion de la clase de la lava arrojadas en distintas épocas.

Pero volviendo á la superficie hallamos en ella el agua en perpétuo movimiento, y como consecuencia de ello la actividad geológica. Cuando sus sedimentos habian llegado á ser de mucho espesor en cualquier punto de la tierra, impedian hasta cierto grado la evaporacion del calor que resultaba antes, y podian ocasionar debajo de ellos una elevacion local en la temperatura, estableciendo aquí sucesivamente la misma escala progresiva de calor en aumento á medida que penetraba mas hácia el interior, del mismo modo que en las comarcas donde no habia aun ningun sedimento, ó cuando menos no eran tan poderosos. Por esta razon no solo debia derretirse una parte de la corteza interior formada por el enfriamiento anteriormente, sino que las piedras sedimentarias que estaban sobre ella, podian tambien variar de un modo esencial bajo la influencia muy prolongada de una temperatura escesivamente ardiente, y sobre todo pasar de un estado de aglomeracion mecánica á otro de cristalización. Hé aquí explicada la formacion de las schistas cristalinas, como gneis, mica, hornablenda, etc.

Las piedras sedimentarias que ora aquí, ora allí fueron cubriendo poco á poco toda la superficie primitiva, se abrieron en pedazos por entre los cuales pasaron las piedras de erupcion, y en los puntos donde esto tuvo lugar en grande escala se presentaron estas influencias y estas transformaciones al lado de grandes masas de erupcion que al mismo tiempo arrancaron diversamente de su posicion primitiva y horizontal á los sedimentos ya hechos pedazos, los hicieron saltar, los levantaron, y por último los dieron diversas formas.

Las piedras de erupcion han sido tambien las que han formado las montañas, por la violencia con que han salido de la profundidad en que estaban (1).

A.

## RECUERDOS DE MIS VIAJES.

PRIMER VIAJE Á AMERICA.

ECUADOR.

XLIV.

Mi residencia habitual, mientras permanecí en el Ecuador, fue con ligeras y muy cortas intermitencias, ya Quito, ya Guayaquil. Eran como los dos centros de que partian, alternativamente, mis escursiones. Estas dos ciudades son, además, los dos motores del mecanismo social y gubernativo de aquella efimera república. Por eso creo conveniente darlas á conocer con alguna mas detencion. Al efecto trazaré aquí á grandes rasgos, mi género de vida en la última, como lo hice en la primera. De este modo comprenderánse mejor algunas de sus costumbres.

Levantábame con el alba, y á las seis, hora en que el sol inunda de raudales de luz toda aquella alegre comarca, iba al club á tomar café: este tónico es necesario para vigorizar el organismo humano en aquel enervante clima. El club esta situado tambien sobre el malecon. Allí se reunian muchas personas de las prin-

(1) Véanse los numeros 52 y 53 de *El Museo* de este año.

principales con el mismo objeto que yo. Hablábase un rato de negocios ó de política y cada cual marchaba á sus quehaceres. No eran allí los míos muy apremiantes, y al salir del club daba un paseo matinal. De ordinario seguía lo largo del malecon hasta las faldas de *cerrillo verde*, en el sitio llamado las Peñas. Desde allí contemplaba siempre con placer las alegres y frondosas orillas del Guayas, las canoas que venían del Daule cargadas de plátanos, ananas, cahimitos, chirimoyas, guayabas, mameyes, nísperos, ovos, papayas, ahucates y otras mil variadas y riquísimas frutas, ó de raíces, como el camote y la yuca, ó valiosos productos como el cacao, el café y la quina. Otras veces dirigía mi paseo por el mismo malecon hácia el lado opuesto, y no pocas disponía me llevaran á casa algunos ostiones, de los muchos que por aquel lado conducen otras canoas ó *chatas* pescadoras. Paseaba también con harta frecuencia la estensa sabana colocada tras la ciudad llegando hasta el estero salado cuyas orillas están pobladas de verdes mangles.

Volviame el calor á mi solitario hogar á cosa de las nueve, pasando antes de ordinario, por algunos almacenes ó despachos de comerciantes amigos.

Teníame el criado dispuesto el almuerzo, que me hacía servir de la fonda lo mismo que la comida. Esta costumbre no es solo peculiar de los extranjeros. Hay familias que hacen lo mismo, porque en Guayaquil los cocineros, todos negros, son por lo comun, muy malos, y además cuando les acomoda se van á la gallera á jugar al gallo dejando al amo sin almorzar ó sin comer, con la mayor frescura é indiferencia.

De diez á cinco de la tarde, escribía, leía ó dormía meciéndome blandamente en mi hamaca. Esta última, es la constante ocupacion de las mujeres ú ociosos. Comía entre cinco y seis. A esta hora, sentado en mi balcon, saboreaba un muy escelente café y gozaba del hermoso trasponer del sol. Preparábame entonces á mi paseo crepuscular por el malecon y el muelle donde se reunían algunos amigos con objeto de disfrutar de la fresca brisa del río.

Las bellas de Guayaquil abren sus salones á las ocho de la noche. Las arañas colocadas en su centro comienzan á lucir pocos minutos antes: es la señal convenida. Cualquiera puede desde este momento comenzar sus visitas. A la misma hora empieza el teatro, los días que le hay. Los actores son malos; pero es un punto de reunion agradable. Los palcos principales están siempre llenos de familias conocidas.

Estas reuniones nocturnas son por lo comun muy agradables y animadas. En muchas de las casas se toca el piano y se canta, y hay tambien saraos extraordinarios. Entre el teatro y la visita de una docena de estas casas pasaba yo las noches hasta las doce. A veces á la salida del teatro daba por el malecon un paseito con la simpática familia Ballen. La conversacion era bastante animada por que las señoritas guayaquileñas reunen á su hermosura mucha gracia y agudeza. Pero todas son bellezas nocturnas que rara vez se dejan ver de día. Solo los domingos y días festivos suelen ir temprano á misa; pero siempre echado el velo sobre el rostro. No se las visita jamás de día.

Hay en Guayaquil para el extranjero, y aun para el indigena, tres días críticos al mes. El 4 y el 19, épocas ordinarias de llegada para los vapores de Panamá conductores de la correspondencia europea, y el 30, que es cuando visita aquella ría el vapor conductor de las cartas de Sur América, destinado á conducir hasta el istmo panameño las destinadas á Europa. El club está en estas ocasiones mas concurrido y animado. Agítanse los que vienen y los que se van. Leen ávidos los allí desterrados de su cara patria, periódicos y cartas; pero la certeza de que aquellos signos impresos y aquellos caracteres trazados por una mano querida, han sido formados en época muy anterior, apaga instantáneamente la alegría del presente que los fascina solo breves instantes. Entonces todos los rostros quedan mustios y taciturnos. A poco rato cada cual trata de extinguir reflexiones importantes y olvida lo lejano para embellecer lo que le rodea: es la condicion de la flaca naturaleza humana. ¿Qué sería del hombre, si el hábito no embotara el sentimiento? El tiempo, semejante al clorofórmico estingue poco á poco el dolor ó nos hace á él insensibles. Job modelo del dolor resignado, es al propio tiempo el ejemplo vivo de la accion demoleadora que ejerce el tiempo en los grandes pesares, natural fruto de los infortunios humanos.

## XLV.

Era el 20 de agosto de 1857. Como los anteriores, preparábame á dar mi matinal paseo: estaba á medio vestir. En esto siento un ruido desusado y aterrador, y una conmocion repentina. Mi criado cae de rodillas y grita:

— ¡Misericordia, Dios mio!... ¡A la calle señor, á la calle!

Sin mas preparacion salto dos á dos las escaleras y guiado como de un vértigo me encuentro á orillas del Guayas. Miles de personas estaban allí arrodilladas... Conmoviase la tierra como la mar agitada, y separábanse y reuníanse entre sí las casas como impelidas de repentino y violento impulso. Aparecia el río de color terroso y semejante á un estanque en ebullicion: la atmós-

fera era pesada y de color plomizo. ¿Qué sucedía? Un terremoto. La forma de las casas no hace temibles estos fenómenos en Guayaquil. Como son de madera y trabadas entre sí vuelven con facilidad á su primitiva posicion. Pero es imposible describir lo que el hombre siente al verse sorprendido por estos movimientos convulsivos de la naturaleza. El terror está pintado en todos los semblantes. Postranse humillados los fuertes como los débiles, implorando la soberana y omnipotente proteccion del Sublime Artífice. Los que como yo se ven sorprendidos por vez primera con este soberbio é imponente espectáculo, nada hacen, ó siguen instintivamente y sin conciencia los movimientos de los demás.

Estos fenómenos son harto frecuentes en el Ecuador. Poco despues de mi partida de aquella república hubo otro furioso temblor de tierra, que produjo la destruccion de la mejor parte de la ciudad de Quito. Mi pobre Elina que habitaba aun aquellas inseguras regiones huyó con sus hijas y vió caer á sus piés la elevada torre del convento de la Merced. Por algunos días hubo de habitar la quinta del *Placer* que ya conocen mis lectores. El jóven Bellan al describirme el 30 de marzo de 1859 esta catástrofe añadía: «Aquí los resultados no han sido tan fatales como en Quito, por la naturaleza de nuestros edificios; pero en los campos la tierra se ha hundido por todas partes, y se ha tragado centenares de árboles de cacao, brotando agua y azúfre que era un primor.»

No parece sino que aquellos países no están todavía formados, y que no debieran ser aun habitados por los hombres, que sufren las funestas consecuencias de su imprudente temeridad.

## XLVI.

Asi como los niños juegan á los soldados puede decirse con verdad que las repúblicas sur-americanas juegan á los gobiernos. Todo se imita en ellas; mejor, todo se parodia.

Llegados los primeros días del mes de octubre eché de ver gran animacion y como preparativos de fiesta en Guayaquil. Limpiábanse con mas cuidado que de ordinario los frentes de las casas; vestíanse sus pilares de telas pintadas con los colores nacionales, esto es, de blanco y azul; preparábanse mástiles ó astas de banderas en todos los balcones; hacíanse listas de suscripcion para bailes; limpiaban sus bombas de incendios los bomberos; adornaban los locales donde las tienen depositadas; limpiaban los soldados sus armas y decoraban tambien sus cuarteles; preparaban los cómicos representaciones extraordinarias; hablaban las señoras de nuevos trajes y los bardos del Guayas de elucubraciones poéticas. ¿Qué iba á suceder? ¿Qué gran acontecimiento se iba á conmemorar? Dirélo sin mas preámbulos: Aproximábase el 9 de octubre de 1857. Iba á conmemorarse el aniversario de la independencia ecuatoriana; la fiesta nacional de Guayaquil.

Efectivamente el 9 de octubre de 1820 hubo en esta ciudad una especie de motin ó pronunciamiento contra el gobierno de España. Este conato de rebelion, conseguido sin lucha, sofocado sin ella, no fue ni el principio ni el móvil de la emancipacion del país, ni siquiera influyó en la venida al mundo de las naciones de la efímera república ecuatoriana, pero era preciso parodiar una festividad nacional, y eligióse el 9 de octubre, como hubiera podido elegirse cualquier otro día del año.

Ello es que el día de la fiesta llegó y el pabellon nacional ecuatoriano ondeó en todos los edificios, y cuatro cañoncitos muy diminutos hicieron salvas, y hubo fiesta religiosa en la catedral, y sermon patriótico, y procesion militar por la tarde, y comidas de bomberos, y luminarias y representacion extraordinaria en el teatro, y piececitas y versos alusivos á la festividad del día, y baile y jaleo donde lucieron sus galas las hermosas guayaquileñas.

Mientras tan sin motivo se entregaban al contento cuantos me rodeaban, los unos con sinceridad, los otros hipócritamente, sacudía yo el polvo al pergamino de unos libros que contenían la historia del origen del pueblo, que hoy celebra como fausto acontecimiento su emancipacion de los progenitores, causa reconocida de su estado decadente. En aquellos momentos de ocio escribí las páginas siguientes:

«En el rápido paso de la humanidad al través de los siglos hay un misterioso enlace de sucesos: mirados en la aislada desnudez pueden parecer un paréntesis en la marcha del indefinido progreso; pero considerados como eslabones de la gran cadena de los hechos históricos, llevan siempre en su seno un germen de mejora social que es el natural disiderandum de la especie humana. Cuando el historiador no busca en los acontecimientos este progreso latente, no puede apreciarlos con justicia este progreso latente, no puede apreciarlos con justicia é imparcialidad. Todo suceso histórico es un eslabon necesario en la gran cadena que los une y armoniza entre sí para conseguir los fines de la Providencia. La independencia de Sur-América sacó á España del fatal letargo que la consumía. De ella data su renacimiento. No fue indudablemente útil del mismo modo para las colonias emancipadas. ¿Lo será algun día? Interin el porvenir se encarga de resolver este problema, recordaré aquí el hecho culminante de la conquista del gran imperio de los Incas, apreciándolo con el criterio teórico que acabo de sentar.

Entonces no existían Guayaquil y sus hermosas. Al realizarse las hazañas de Pizarro dibujábase en lo futuro la forma de la ciudad del Guayas, y de otras mil que surgieron sobre las costas del Pacífico ó sobre las faldas de la alta cordillera de los Andes que corre á ellas paralela. No censuraré, pues, con Robertson, ni trataré de justificar con Jerez, Gomara y Garcilaso los hechos de Pizarro; apreciarélos en la ancha esfera de la historia general, y entonces no podremos menos de admirar la gran figura del elegido de la Providencia para realizar, con una osadía inconcebible, uno de los mayores progresos sociales y la mas radical trasformacion en una tan considerable parte del humano linaje.

Es con frecuencia la tradicion una perfecta alegoría de sucesos que fueron ó han de ser. Por tal tengo yo la del famoso *Viracocha*. Asi Gomara como Jerez y Garcilaso, refiérenla de este modo:

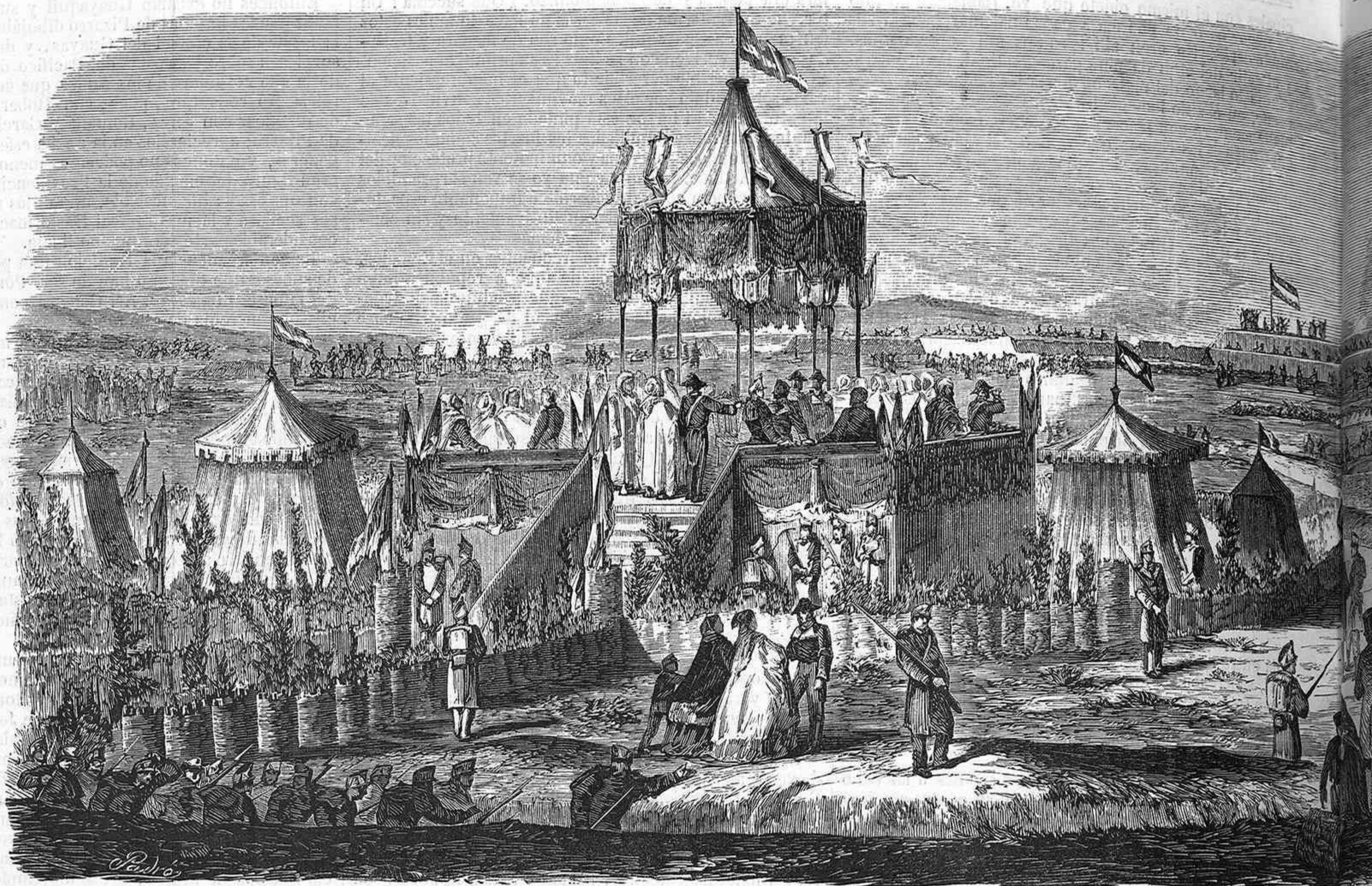
«Mancocapac, fundador del imperio inca, parece tuvo un hermano llamado *Viracocha*, cuyo nombre significa *manteca de mar*. Vióle en sueños *Inca-Ripac*, octavo inca, y según su vision era de color blanco, barba poblada, y vestido á la europea. Dícese que *Inca-Ripac*, tomando él mismo el nombre de *Viracocha*, mandó hacer una estatua del que había visto en sueños, y predijo, que *vendría con el tiempo una nacion extranjera, navegando por el mar, semejante en todo á la de la estatua, la cual destruiría el imperio de los incas y tomaría posesion de sus dominios.*» Verídica ó fabulosa, es esta una alegoría clara de la venida de Pizarro y los suyos, y de la superior civilizacion que ella inauguraba.

Y en efecto, los hechos de la conquista revelan la gran distancia de perfeccion que entre españoles é indios, entre Pizarro y Atahualpa mediaba.

Había el inca triunfado completamente de su hermano Huascar, á quien guardaba prisionero en una fortaleza, y descansaba de sus victorias tomando baños en las cercanías de Cajamarca. Describe Jerez, esta ciudad y su territorio, con mas poesía que verdad, de la manera siguiente: «Esta es, dice, la tierra principal de este contorno, puesta al pié de una montaña, en valle rodeado de colinas, de circuito de cuatro millas. Le pasan cerca dos bellísimos rios cada uno con su puente, por el cual se entra á la ciudad por dos puertas. Por la una puerta, antes de entrar á la ciudad, hay un gran palacio rodeado de muros, á uso de templo, y en su gran patio ó plaza, están puestos varios árboles que hacen sombra. A este palacio llaman la casa del Sol, al cual adoran, y antes de entrar se descalzan. Dentro de la ciudad hay cerca de dos mil casas, distinguidas todas, con sus calles tiradas á cordel, con muros de piedra fuerte, bien distribuidas por de dentro, y con bellísimas fuentes. En medio está la plaza que es mayor que algunas de España, toda cerrada en contorno, y dominada de una fortaleza de piedra, con una escala, por la cual se comunica á la plaza. En el frontis de la plaza está el palacio del señor Atahualpa, mucho mayor que todos los otros, con jardines y magníficos portales, donde él estaba todo el día. Sus habitaciones son todas pintadas de diversos colores, y entre otras la una de color rojo como el bermellon. En uno de sus pórticos hay dos grandes fuentes adornadas con planchas de oro, y en una de ellas entra por un cañon el agua hirviendo, y por otra la fria, conducidas ambas de la vecina montaña.» Aunque el grueso del grande ejército de Atahualpa que mandaban sus generales *Quisquis* y *Calicuchima*, se hallaba algo distante, todavía quedaban alrededor del inca muchas tropas y reclutas, puesto que Rumiñagui venia desde Quito á recogerlos.

Con solos ciento sesenta y cuatro hombres, acometió Pizarro la temeraria empresa de conquistar los dilatados dominios de los hijos del Sol. Valióse al efecto de una estratagemas, que, dadas las circunstancias que la rodeaban, considero, no solo legítima, sino necesaria. Salió de Tumbes el 16 de mayo de 1532, y fundando al paso la colonia de San Miguel, sobre las márgenes del Piura, encaminóse sin tardanza á Cajamarca. A la salida de Poceos, hallóse Pizarro con una embajada que le dirigía el inca, exhortándole á que no pasase adelante con su gente, y acompañando esta amistosa advertencia de enérgicas amenazas. Engreído el bárbaro con las victorias alcanzadas contra su hermano, y conocedor por las noticias del gobernador de Poceos de las escasísimas fuerzas de los extranjeros, entregóse sin temor en brazos de la indolencia. Pizarro y sus briosos compañeros continuaron la marcha sin arredrarse de las disposiciones poco benévolas del enemigo, sin temor á las iras y bravatas con que el inca acompañó un segundo mensaje. Despues de un largo y penosísimo tránsito por entre desiertos arenosos, y fragosas montañas, llegaron Pizarro y sus escasas huestes á las inmediaciones de Cajamarca. Hallábase el inca algunas millas distante tomando baños. Aprovechó Pizarro tan inconcebible descuido para apoderarse de la ciudad, en la cual penetró, según parece, sin la menor resistencia de parte de los habitantes.

Verdad es que el escaso número de españoles que acompañaban á nuestro héroe mas bien parecía séquito de embajada que gente dispuesta á conquistas dilatadas. Alojóse Pizarro en la hosteria real, situada á la entrada de la ciudad. Constaba este edificio de una gran plaza dominada de diversos caseríos, largos mas de doscientos pasos y muy propios para alojamiento de tropas.



SIMULACRO QUE TUVO LUGAR ANTE SS. MM. EL DIA 5 DE ABRIL DE 1533.

Elevábase en medio de esta plaza un gran torreón de piedra. Entonces ideó Pizarro hacer caer al inca en una celada, atrayéndole á la ciudad para apoderarse de su persona. Mandóle al efecto una embajada con su hermano Fernando y el capitán Soto. Ya á la presencia del soberano, que sentado en un solio portátil, recibía la embajada española, hizo Soto caracolear el caballo que montaba, tan cerca de la persona del inca, que le salpicó el rostro con la espuma. Dió con este motivo el inca Atahualpa testimonio evidente de la blandura de su carácter y del paternal gobierno que sobre los suyos ejercía. Los pobres indios de su guardia, que por no ser pisados del brioso alazan echaron pié atrás fueron acto continuo decapitados de orden del soberano. Mandó servir el inca á los dos emisarios un refresco por dos *coyas* ó princesas ricamente ataviadas. Espusieron entonces su comision, y si bien aseguraron venian de paz y amistad, fueron bastante explícitos acerca del objeto que llevaba á sus dominios á los españoles. Dijéronle: «Hay dos potencias supremas que dominan en el mundo: espiritual, la una, el papa; temporal, la otra, el emperador Carlos V, monarca de las Españas. Venimos enviados para establecer en subordinacion á estas dos potencias supremas. De todo se os hablará mas largamente, si os dignais venir á Cajamarca donde acaba de llegar nuestro principal capitán y jefe».

Vino por tanto Atahualpa á donde Pizarro se hallaba, mas confiado en su poder, que en la buena amistad de los extranjeros que le esperaban: engañóle sobre todo su reducido número, y la ignorancia de la supremacía de las armas que manejaban.

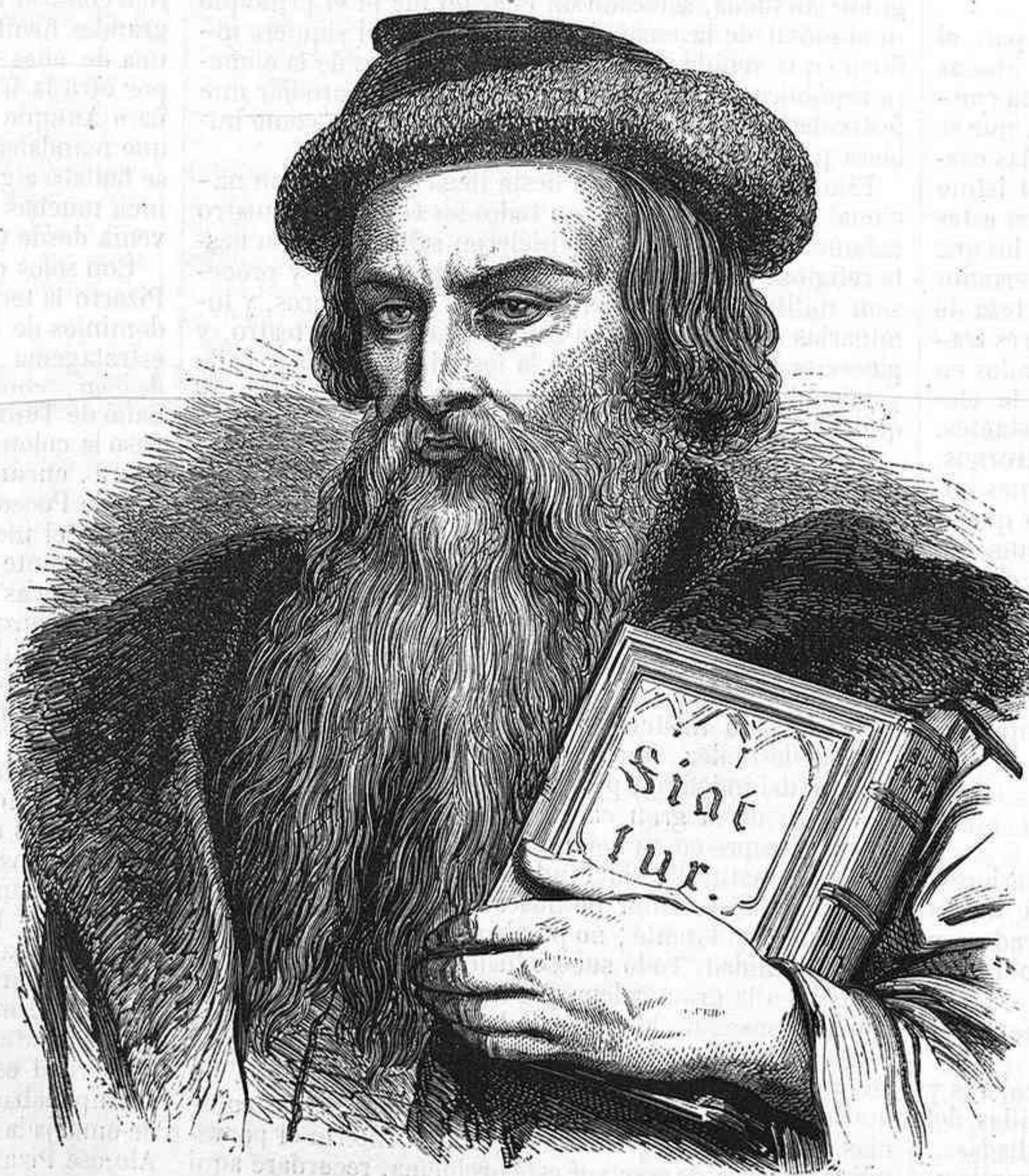
Ya impacientes los españoles de la tardanza, vieron entrar en la gran plaza del Tambo, donde Pizarro se alojaba, primeramente cuatrocientos sirvientes ó lacayos, y luego el inca sobre un trono portátil, cubierto de planchas de oro y preciosas piedras esmaltadas. Adornaban la persona de Atahualpa vistosas plumas de diversos colores, corona con fleco carmesí, sem-

brada de pedrería. Iba sentado en un magnífico cojin. Tras el soberano, venian los principales señores de la corte, también en andas portátiles llevados, y entre diversas tropas de cantantes, músicos y bailarines, vestidos todos de brillantes galas y preciosos adornos. De las tropas que le acompañaban, solo penetraron en la plaza como cuatro mil hombres, quedando el resto en la inmediata

llanura. Presentóse al inca, el religioso Valverde solo, y segun se cuenta, al través de una larga y poco oportuna arenga, intimóle, como ya lo hicieron Fernando Pizarro y Soto, se sometiese á la obediencia del emperador Carlos V. Negóse á ello el inca, como era de esperar, y poniendo entonces en ejecucion Pizarro, el plan que habia concertado para apoderarse de la persona del inca, hizo salir á sus escasas huestes de los caserones, al son de clarines y al estruendo de la artillería y fusilería, dando al propio tiempo una carga con sus caballos que pusieron en precipitada fuga todo el séquito de Atahualpa. Los que le rodeaban fueron cayendo muertos, hasta que cogiéndole Pizarro de la vestidura le arrojó del solio y le hizo prisionero. Desde entonces puede decirse que el grande imperio de los incas habia pasado á poder de los reyes de Castilla.

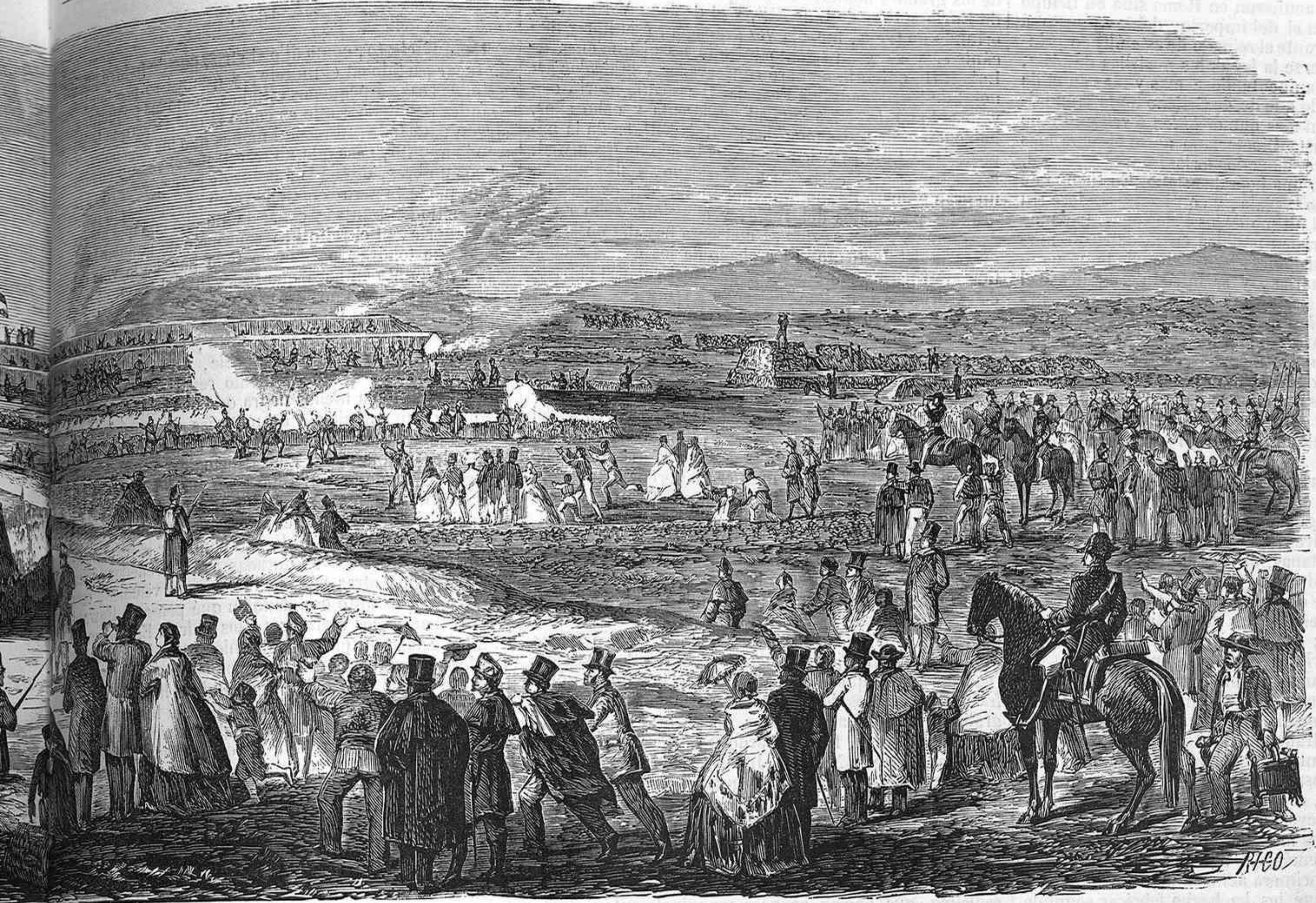
Paréceme exagerado y sin fundamento el número de muertos que los autores señalan á este hecho de armas, máxime en el supuesto de que los indios no se defendían, pues es inverosímil que los españoles se entretuvieran en matar gente sin necesidad ni provecho, por manera, que si hubo los siete mil muertos que afirma Robertson, es evidente prueba de que se defendieron, y no con escaso valor los indios, y si no hicieron tal defensa, como se pretende, es casi seguro que ni setecientos sucumbieron.

Mientras el inca prisionero ponía á los piés de sus vencedores cuantos tesoros poseía para obtener su rescate, daban sus generales muerte violenta de su orden á su hermano y rival Huascar, y se preparaban al decir del intérprete Felipeillo, á hacer cruda guerra á Pizarro. Sea que este temiese la influencia que la vida del inca predilecto ejercía en sus vasallos, ó que creyese de buena fe los planes insurreccionales de que le daba parte Felipeillo, es lo cierto que dispuso formar proceso al inca, que murió en garrote el 29 de agosto de 1533.



GUTENBERG.

J. DE AVENDAÑO.



5 DE ABRIL DE 1861, EN LA DEHESA DE LOS CARABANCHELES.

NUMISMATICA.

MEDALLAS HERÓICAS (1).

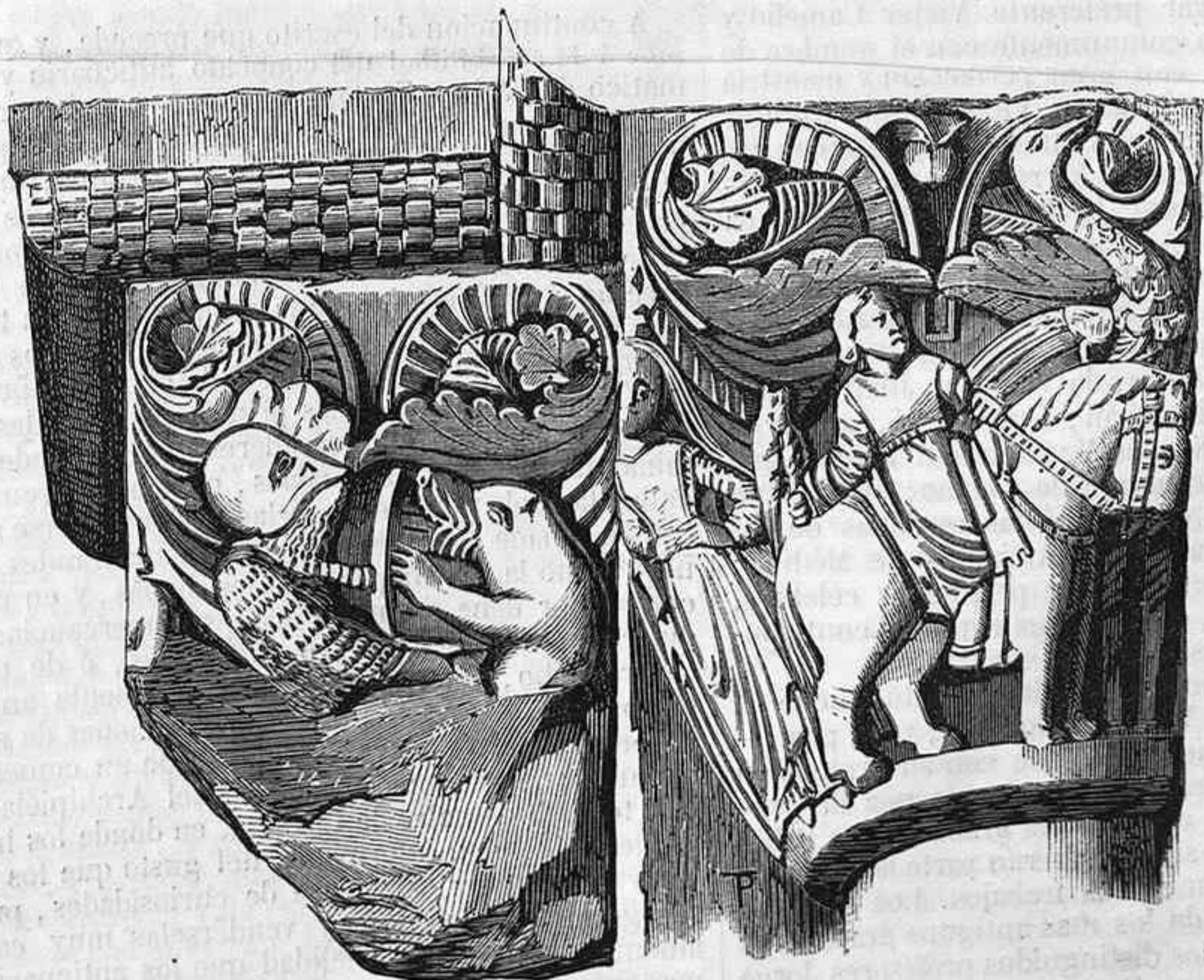
La voz *medalla* tiene su origen de la latina *metallum*, y llámase así todas aquellas piezas de oro, plata y bronce que traen un grabado destinado á perpetuar la memoria de un hombre célebre, de los soberanos ilustres, ó de los sucesos mas importantes en los fastos de la historia; esto es lo que constituye su diferencia de la moneda, que tiene un tipo, un peso y una ley que hacen un medio universal de cambios por los demás valores. El conocimiento de las medallas incumbe á la Historia, á la Mitología y á las Artes, y estudiadas en todos sus aspectos, interesan igualmente al erudito, al literato y al artista. Para transmitir á la posteridad los acontecimientos mas notables y perpetuar los hechos de las personas célebres, la humanidad nada ha encontrado mas á propósito que las piedras y principalmente los metales. Es indudable que los primeros testimonios del reconocimiento de los pueblos para honrar la memoria de aquellos que les habian parecido dignos de colocarse en la categoría de los dioses, se encuentran representados en sus monedas. Así es que los egipcios y los habitantes de la Libia estampaban en sus medallas el Nilo, el busto de su dios Serapis, su Canopo, ó bien Júpiter-Ammon; los de Creta, el de Júpiter, porque se habia educado en su isla; al paso que los habitantes de Efeso y los de sus alrededores grababan en sus medallas el busto de Diana, de la cual pretendian derivar toda su gloria. Los griegos tenían la costumbre de enriquecer las suyas con los atributos particulares de sus provincias, y así vemos, por ejemplo, que los pobladores de Delfos representaban un delfín, por la conformidad de los nombres; los atenienses, el mochuelo, para honrar á Minerva, cuya ave era la favorita de la diosa; los beocianos á Baco, un racimo de uvas, ó una copa, símbolos de la abundancia y bondad de sus vinos; los macedonios á Alejandro el Grande, ó el escudo con el cual armaban á su milicia, conocida con el nombre de *argyráspides*; los rodios, la figura del sol, ó el emblema del mismo en la de su célebre coloso, y finalmente, los heráclidas, su Hércules.

En Roma, en tiempo de la república, los triunviros monetales, á quienes estaba encomendada la direccion de la moneda, se atribuyeron el derecho de hacer gra-

bar en ella los nombres y las personas de sus antepasados, ó las muestras de sus mayores hazañas, cuyo derecho le llamaron *jus imaginis*. Las medallas de estos antiguos romanos, conocidas comunmente por *medallas de familias romanas ó consulares*, forman una de las mas bellas é interesantes series latinas. La gran coleccion de las medallas imperiales romanas, que es, digámoslo así, la historia de metal de los emperadores, puede dividirse en cuatro épocas: la primera desde Augusto hasta Constantino; la segunda, despues de Constantino (que abrazó el catolicismo) hasta Teodosio, en quien concluye la unidad del imperio; la tercera, desde Teodosio hasta fin del imperio de Oriente; y la cuarta, despues del mismo Teodosio hasta Carlo-Magno.

Los metales que se emplearon, y se emplean todavía, para la acuñacion de las medallas, han sido el oro, la plata, el cobre amarillo ó rojo, el metal corintio, el bronce y el plomo. Las hay algunas de cobre cubiertas con hoja de plata, que se llaman medallas *forradas*, y tambien de cobre plateado. Entre los antiguos distin-

guíanse los *medallones* de las medallas, en que aquellos eran unas medallas de un grandor y espesor extraordinarios con los cuales honraban los principes á las personas de su mayor estimacion y confianza, á las que llamaban los romanos *missilia*. Los anticuarios hacen mas aprecio de los medallones que de las medallas ordinarias, porque sus reversos representan generalmente los triunfos, los juegos, los edificios y los monumentos históricos, que son los objetos que busca con mayor cuidado el verdadero curioso y amante de la antigüedad. En tiempo de los romanos dividiéronse las medallas de bronce en tres módulos, grande, mediano, y pequeño. El grande llega hasta Póstumo; el mediano hasta la decadencia del imperio de Occidente, y hasta los Paleólogos por el Oriente, pero se notan grandes interrupciones, por manera que es difícil formar una serie completa desde Julio César á Miguel Paleólogo. El pequeño bronce las ofrece aun mayores, de suerte que casi es imposible reunir la coleccion completa desde Julio César á Póstumo, siéndolo de todo punto desde Teodosio á Paleólogo. Es preciso tener presente que las me-



CAPITEL DE SAN PEDRO DE VILLANUEVA.

(1) El autor de este artículo, cuyos trabajos é ilustracion son bien conocidos de nuestros lectores, ha fallecido muy poco tiempo despues de remitirnoslo. Un deber de justicia nos hace lamentar tan sensible perdida que nos priva de la colaboracion de una persona por tantos títulos estimable como el señor Fustaguera y Fuster.

dallas de plata no se acuñaron en Roma sino en tiempo de la república, y en el del imperio, desde Augusto á Septimio Severo. Durante el reinado de este último príncipe comenzó á alterarse la ley de las medallas de plata, cuya alteracion fue aumentándose mas y mas en el de sus sucesores; de modo que desde Galieno hasta Tranquilo las medallas no son mas que de *billon* ó vellon. Desde Claudio el Gótico hasta Diocleciano no se observa mas que el pequeño bronce, llamado por los franceses *saussé*, esto es, cubierto con una hoja de estaño. En tiempo de Diocleciano reaparece la plata, y continúa usándose sin interrupcion hasta el último de los Paleólogos. Las medallas de plata se dividian tambien en medallas de mayor módulo y en medallones, las que conviene no confundir con las ordinarias, y se introdujeron desde el reinado de Caracalla hasta el de Filippo, el padre, inclusive, distinguiéndose especialmente en que la cabeza del príncipe aparece adornada con una corona de rayos, al paso que en las medallas ordinarias está ceñida con una *laurea* ó corona de laurel. Por lo que hace á los medallones tanto en este metal, como en oro, es fácil reconocerlos con solo atender á que escuden á las medallas de módulo ordinario, así por su peso, como por su diámetro.

Las medallas tomaron su nombre de las naciones, de los reyes, ó de las épocas, en que se acuñaron: así se llaman medallas egipcias, griegas, consulares, imperiales, etruscas, góticas, bizantinas, hebraicas, fenicias, púnicas, samaritanas, de las colonias, etc., etc., y generalmente se dividen en cinco clases, según lo que representan: 1.<sup>a</sup> las de los reyes; 2.<sup>a</sup> las de las ciudades griegas ó latinas; 3.<sup>a</sup> las de las familias romanas, llamadas consulares; 4.<sup>a</sup> las imperiales y cuanto tiene relacion con el imperio; 5.<sup>a</sup> las de divinidades.

Los anticuarios han impuesto varios nombres á las medallas; esta nomenclatura es muy larga, y de ella tan solo mencionaremos lo mas principal. Llamán *falsa* á la medalla contrahecha modernamente ó imitada y que jamás existió entre los antiguos; *frustras* á aquellas que son defectuosas ya en la forma, ya porque el metal está recortado, el círculo ó gréneta rayado, borradas las figuras y leyendas y la cabeza desconocida; *restituidas*, á aquellas medallas consulares ó imperiales sobre las cuales, además del tipo y de la leyenda que habian tenido en su primera acuñacion, se ve el nombre del emperador que las ha hecho fabricar segunda vez, seguido de la palabra *REST. (restituta)*; *condimentadas* las plateadas sobre cobre; *ferradas*, las que tienen sobre el cobre una hoja de plata; *dentelladas*, las que manifiestan dientes en el borde; *hendidadas*, las partidas por el borde; *incusas*, las que no tienen revés, ó están los signos en fondo, y no en relieve; *contramarcadas*, las que tienen señal sobrepuesta y *vaciadas*, las hechas en molde.

La ciencia de las medallas antiguas ha sido cultivada por los hombres mas eruditos en todas épocas. Varron quiso perpetuar los retratos de todos los hombres ilustres que mas se habian distinguido desde la fundacion de Roma; Ciceron buscaba las medallas con el mas diligente cuidado; y Julio César, tan inclinado á las ciencias, como á las armas, se complacia en admirar los retratos de los grandes hombres esculpidos en esta clase de monumentos, que, como llevamos dicho, no sirven solamente para satisfacer la curiosidad, sino que recuerdan á las generaciones los mas importantes puntos de la historia, de la que son auténticos é irrefragables testimonios.

Desde la caída del imperio de Oriente hasta el siglo XV, no vuelven á aparecer las medallas que comenzaron á labrarse en Italia, á la que siguió luego la Francia, arrastrada por el gran movimiento artístico del renacimiento. Entre los mas célebres artistas de Italia merecen un lugar preferente Victor Camelio y Juan Cavino, conocido comunmente con el nombre de Paduano, quien imitó con gran perfeccion y maestría las mas bellas medallas antiguas; Victor Pisano, pintor y grabador, que hizo su propia medalla, y tambien las de Cecilia de Mantua, Alfonso V, rey de Aragon, Segismundo Pandolfo de Rimini, Isolta de Rimini, el papa Martin V, don Inigo de Avalos y los principales personajes que asistieron en 1439 al Concilio de Florencia; Mateo Pasti, de Verona; Giulio della Torre; Juan Maria Pomedella; el Caroto; Paolo, de Ragusa; Sperandio, de Mantua; Juan Bofdu, de Venecia; Juan Zacchi, de Venecia; Pedro, de Milan; Guacialotti, autor de una medalla del papa Nicolás V; Caradosa Toppa, que grabó un retrato de Bramante de Urbino; Benvenuto Cellini, de Florencia, que grabó las medallas de los papas Clemente VII, Pablo III y Alejandro de Médicis; y tambien las de una multitud de personajes célebres, contemporáneos suyos, que con sus riquezas contribuyeron al sosten del artista.

En Francia el grabado en medalla adelantó mucho en los reinados de Carlos VIII y Enrique II, pero principalmente en el de Enrique III, que con su proteccion le hizo prosperar visiblemente. Ignóranse por desgracia los nombres de los artistas que grabaron las bellas medallas del siglo XVI, sin que fueran parte las guerras civiles para que cesaran en sus trabajos. Los que han llegado hasta nosotros de los mas antiguos grabadores franceses, son: los de los distinguidos profesores Jorge Dupré, apellidado el *Gran Dupré*, que hizo los retratos

de los grandes hombres contemporáneos de los reinados de Enrique IV y de Luis XIII, y el de Juan Varin. Este, oriundo de Lieja, fue á la vez grabador, escultor y mecánico, y su gran talento le valió las distinciones de Luis XIII, quien le nombró conservador y grabador general de las monedas de Francia. Dicese que murió envenenado en 1672, á la edad de sesenta y ocho años, habiendo grabado las monedas de Luis XIII, las de la minoridad de Luis XIV, las del protectorado de Cromwell, los retratos de Richelieu, de Mazarino, y finalmente, un gran número de monumentos numismáticos para los grandes personajes del reino, y el primer sello de la Academia Francesa, que se conserva hoy dia en la secretaría del Instituto. El grabado de los cuños recibió una gran perfeccion con el invento del volante por Nicolás Briot, á principios del siglo XVII.

En el reinado de Luis XV el grabado decae sensiblemente, pero progresa con suma rapidez bajo la regencia: Duvivier, que vivió en el de Luis XVI, ennoblecse por algun tiempo su arte; mientras la revolucion, con pequeñas escepciones, el trabajo es sobradamente grosero. Los principales grabadores del siglo XVIII y del actual son: MM. Molard, Manger, Bernarel, Chévon, Fernando de Saint-Urbain, que grabó la magnífica coleccion de retratos de los duques de Lorena, Duvivier, Dumarest, Droz, Dupré, Andrieux, Gatteau, Depaulis, Montagny, Domard, Barre, Gayard, etc.

Poco podremos decir del grabado de medallas en España, por no haberse cultivado apenas, atento que nuestros monarcas, que lo eran tambien de Sicilia y de una gran parte de los Países Bajos, mandaban acuñarlas en estos países donde el arte estaba en su apogeo. Debemos por tanto limitarnos á recomendar, como á mas notables, los trabajos de Jacome Trezzo y los Dassiers (padre é hijo), que aun cuando fuesen italiano el uno y franceses los otros dos, la mayor parte de medallas que grabaron fueron para España; los de los españoles Nilon, Sagan, Diaz, Prieto, Pardo, Saavedra, Rodriguez, Martinez, Lopez, Nicolás, Juvany y Pomar, y los de los grabadores de Ultramar, á quienes debemos las bellas medallas de proclamacion de nuestros reyes, Gil, Gordillo, Guerrero, Suria, Nazával y Madero.

La numismática antigua, como llevamos dicho, no tuvo otro objeto que popularizar la historia, grabando sobre la moneda tipos sencillos, pero de trabajo esmeradísimo, que hacian conocer maquinamente á cualquiera los grandes hechos históricos, las antiguas leyendas mitológicas y los retratos de los hombres ilustres; por manera que el sencillo ciudadano romano tenia ante sus ojos la historia de la ciudad eterna, y cada ciudad griega en sus medallas la reproduccion de sus anales y frecuentemente la de los monumentos que constituian su mayor gloria. En nuestros tiempos se ha abusado bastante de este método, de suerte que las sociedades, así científicas como mercantiles, y hasta simples particulares, hacen acuñar medallas, viniendo estos monumentos á perder gran parte de su interés desde el momento que se les ha hecho objeto de una especulacion ó un medio de publicidad; al paso que siempre excitarán vivamente la atencion las medallas griegas y romanas, y particularmente las de la edad media, por medio de las cuales nos relacionamos con la historia, de la que son una de las principales lumbreras.

Esta detallada noticia que hubimos de escribir á ruego de nuestro apreciable amigo don José Oriol Ronquillo para el utilísimo y recomendable diccionario de materia mercantil, industrial y agrícola, que con tanta aceptacion está publicandose en Barcelona, fue insertada íntegra en la página 526 y siguientes del tomo III de su importante obra. El señor Ronquillo tuvo á mas la complacencia de añadir á todo lo espresado el siguiente parrafillo.

A continuacion del escrito que precede, y que debemos á la amabilidad del conocido anticuario y numismático don Jaime Fustagueras, conviene hacer presente que el comercio de las medallas no es propiamente mas que un comercio de sabios y curiosos, en el cual el interés no tiene parte alguna, y que solo se sostiene por la noble emulacion de enriquecer sus monetarios, y de perfeccionar las colecciones que hacen de estos preciosos monumentos de la antigüedad. Con todo, no deja de hacerse un negocio de medallas menos desinteresado que el de que se acaba de hablar. El señor Patin, dice, que en muchas de las principales ciudades de Alemania se encuentran mercaderes que se pueden denominar mercaderes anticuarios, puesto que reúnen medallas tan solo para revenderlas y aprovecharse de ellas; tráfico, añade este sabio, que tiene sus fraudes y engaños, como la mayor parte de los demás, y en el que el comprador debe examinar bien sus mercancías, si no quiere recibir medallas, ó poco raras, ó de un cuño contrahecho, por medallas verdaderamente antiguas y curiosas. Algunos escritores, en relaciones de sus viajes en el Egipto y Levante, hablan de un comercio semejante que se hace en las islas del Archipiélago y en casi todas las escalas de Levante, en donde los habitantes, bien informados del gusto que los extranjeros tienen para esta clase de curiosidades, procuran recogerlas con cuidado y venderlas muy caras, y amenudo con menos fidelidad que los anticuarios alemanes.

JAIME FUSTAGUERAS Y FUSTER.

## LA LUZ.

Es muy cierto, como dijo el otro, que de todo se puede sacar partido en el mundo, y que así se prestan las grandes cosas á pequeños estudios, como las pequeñas á grandes resultados; que es como si dijéramos que todas sirven para todo, ni mas ni menos que los españoles. Y esto lo apunto, para que no se estrañe el ver un cuadro de costumbres, dibujado á la luz de la luz, y escrito á la de un modesto pero venerable velon, ni aparezcan fuera de su sitio las puntas y collar de filosofia con que pienso engalanarlo, ni el retintin y sonsonete de popular bostezo que tendrá, porque de todo hay en la viña del Señor, y punto en boca que se levanta el telon.

Hallábame cierta noche, fria como de Madrid, y triste por lo lluviosa, en una de las muchas casas de bebidas, alias cafés, existentes en la corte, en compañía de quince cuartos y medio en especie, y treinta y cuatro en efectivo. Los quince y medio repartidos, trece en una taza de agua menos negra que mis penas, y dos y medio en un envoltorio de materias diversas, que el vulgo llama cigarro, y los treinta y cuatro juntos y solidificados en una peseta con el busto de nuestro ex-amado ex-rey Fernando VII. Digo pues, como diciendo iba, que solo en una mesa, é impulsado por el instinto de sociabilidad que está latente en nuestra alma, según dicen los filósofos que se dignan conceder alma al hombre, dirigia alternativas miradas á mi alrededor, para establecer con otras personas relaciones visuales, esas relaciones que tanto han dado en qué pensar á Howard y á Bentham, á los maridos y á los padres. En una mesa frontera estaba un pimpollo de chica como hasta de diez y ocho años, cuyo rostro y cuerpo bañaba casi completamente la luz que del techo pendia, haciendo á los ojos tocar á gloria, y al corazón tocar á fuego; y digo casi, porque tenia en sombra algunas partes de aquel pedazo de cielo, como eran los ojos, la boca, el cuello y la cintura, sombra proyectada por otros adherentes y tapaderas, que así se me adherian como lapa, y tapen mi cuerpo una de estas noches, sino eran lo mas bonito que puede darse. Olvidábase un hoyito en cada mejilla tambien oscuros, pero en los cuales se divisaban no obstante multitud de almas que entraban, salian y se mezclaban, como los angelitos de un cuadro de gloria. En penumbra merced á lo contraído tuvo la chica el entrecejo, mientras no vino un galan, cuyo claro-oscuro no describiré, porque no paré atencion, puesto que yo no hacia mas que recorrer los claros de la niña, procurar ver algo de los crepúsculos, y morir de pena porque no me envolvian las tinieblas, aunque hubiera tropezado y... vamos al caso.

Después de los saludos de ordenanza, se encaminaron los dos jóvenes á la calle, seguidos de ciento veinte años en forma de padres, y de mí, suma de dos cantidades negativas, la de estudiante y la de aprendiz de literato. Seguimos varias calles, llegamos al teatro de Oriente, entraron, entréme, y ascendí al paraiso, merced á la pluma de los treinta y cuatro, y sentáronse y me senté, y me quité el sombrero y me rasqué la cabeza, y nada mas, señores clásicos, no dirán ustedes que corto mis relaciones á lo Victor-Hugo.

De seguro lector que has estado muchas veces en el paraiso de la ópera italiana, como desocupado que eres, pues desocupado estarás cuando lees este artículo. No tengo el gusto de conocerte, pero si perteneciendo al bello sexo, eres gran señora, alguna vez habrás ido de trapillo ó á trapillo, si eres señora pequeña, ascendiendo de los palcos por asientos en noche de lluvia, y si eres doña, porque aquel es tu natural y acostumbrado lugar, y si formas parte del sexo del vello, habrás sido impulsado por tantos y tales móviles, que peor es meñallo. Porque lo conoces no te describo el infernal paraiso, puesto que lo siento por tí, que con perder tal descripcion como pensaba hacerte y tengo imaginada, pierdes grato solaz y moral enseñanza. Era la entrada entre clara, de esas que agradando al ilustrado público, desagradan al empresario, y merced á la desahogada posicion en que nos encontrábamos todos los asistentes, pude colocarme miriñaque por medio de una muchacha, perfumera sin duda, á juzgar por los mil olores de diversas esencias que de su robusta persona se escapaban; desde cuyo punto podia oír la ópera y ver la pareja objeto de mis observaciones, dando así ocupacion á cuatro de los cinco sentidos que debo tener, si el padre Ripalda no se equivoca.

Empezó la ópera, digo mal, empezó la *Traviatta*, y me hice todo oídos, concentrando mis facultades auditivas en la escena, durante las arias, duos, etc., que cuando se cantaban los coros no tenia necesidad de tal concentracion, porque los entonaban todos mis paradisiacos vecinos, y no habia mas que oír. Españoles y hombres se conoce que eran los aquella noche improvisados coristas; lo primero porque les eran aplicables ciertos versos de Breton en *El Pro y el Contra*, y lo segundo por cuadrarles la sentencia de aquel sabio (que sabios son todos los que hablan en latin) que dijo: «*Tot homines, tot sententiae.*» Acabóse el acto y ví, ó por mejor decir, no ví el claro, que al principiar existia entre la amartelada pareja, divisándolos muy juntitos y casi en uno, tanto que ocultaban sus cabezas tras la improvisada pantalla del abanico de ella, ó estaban en eclipse



## COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



EL REQUESONERO DE MIRAFLORES Y Á PRUEBA.

## UNA CITA EN EL DESIERTO (1).

¿Dónde va Zaida?

Delante de sí tiene la inmensidad del desierto. ¡Ah! pero el desierto tiene oasis, islas que flotan en ese océano de arena, como otras tantas islas madreporicas con que el mar Pacífico brinda reposo á las cansadas naves.

Las esbeltas copas de cien palmeras se levantan allí para humillar al *Simoun*, que las amenaza continuamente con su aliento terrible y abrasador. Matronas hospitalarias ofrecen su sombra al árabe errante y á la caravana ávida de descanso.

Cuando la tribu, despues de uno ó mas dias de sed, llega á estos refrigerantes lugares, su primera accion es besar el musgo y bendecir el nombre de Alah poderoso y sabio que hace brotar el agua que apaga su sed devoradora, y que te ofrece un asilo contra las inclemencias de un sol, cuyo disco parece vomitar en cada uno de sus rayos la encendida lava de un volcan. Despues que una siesta sosegada ha reparado sus fuerzas, y que la frugal comida ha tenido lugar, la tribu rodea á su jeque, y el mas anciano, el que ha hecho tres ó cuatro peregrinaciones á la Meca, donde se encuentra la piedra sagrada trasformada en negra, segun las creencias árabes, por las culpas y pecados de los hijos de Mahoma, obtiene la palabra. El refiere con vivos colores los peligros que ha corrido; los combates que resistió montado sobre el cuello del manso y sufrido camello, enseñando todavía las cicatrices que la lanza del beduino ha marcado en su frente, y el lazo ó la espingarda con que se libró de caer en las garras del tigre sanguinario.

La tribu escucha al narrador en silencio, invocando el nombre de Alah cuando aquel relata haberse hallado en críticas y embarazosas situaciones.

Pero han pasado algunos dias. Los odres están llenos de agua; la comitiva descansada, y es preciso partir. Los camellos, con la sumision de los antiguos esclavos, doblan sus rodillas para recibir la pesada carga, y un momento despues, vése al resplandor de la luna una comitiva que marcha por el desierto entonando algunos versos del poema de *Antar*.

Pero volvamos á Zaida. Su caballo escapa todavía.

(1) Véase el número 43.

Un galope mas y habrá tocado el punto de su veloz carrera.

Al mismo tiempo que sus cascos dejan de pisar la arena y que penetra por medio de las palmeras, se oyen los pasos de otro corcel. Al relincho que lanzan los dos caballos se sigue un grito apasionado que se confunde como los sonidos de dos cuerdas tañidas á un tiempo.

—¡Al-Haken!

—¡Zaida!

Y los corceles hacen el último esfuerzo para encontrarse, dando un brinco que acercando á los ginetes los permite estrecharse, como dos rosas que enlaza el soplo de la brisa.

## IV.

Virgen solitaria de la noche, diosa melancólica cuya faz dolorida vela tantas veces la vaporosa nube, tú sabes las lágrimas que hace derramar un amor sin esperanza, lágrimas que te complaces en hacer brillar con tu argentada luz para hacerlas mas hermosas en las pupilas de la mujer á quien amamos.

Tú eres muda como la roca, y no revelas nunca los secretos que el alma te confia. Eres cariñosa como la madre que nos acaricia en la cuna.

Benéfica, como el consuelo de una mano amiga.

Tú sabes la frase que no deja escapar el labio, el deseo que formula el pensamiento.

Tú engendras el silencio y la calma que reina en tus apacibles noches, para que la amada no pierda una modulacion de la voz de su amante, y sabes cubrirte con el tul de las nubes para que no tenga que revelar su pudor al recibir el primer beso.

Zaida reposa en el césped, y la cabeza de Al-Haken yace sobre su regazo como un lirio azul que troncha el viento yace en la verde alfombra del jardin.

—¡Qué hermosa está la noche! Los astros parecen complacerse con nuestra felicidad. ¡Oh, Zaida, yo quisiera tener la poderosa mano de Alah para detener el curso de la noche, y que no nos arrancara estos momentos supremos!

—¿Con que tanto me amas? dijo Zaida con acento apasionado.

—¡Que si te amo! ¿No te lo dice mejor que mis palabras el que venga desalado á buscarte aquí todas las noches, desde el punto en donde me sorprende la puesta del sol? ¿No abandono por tí las horas de descanso,

sorprendiéndome la aurora acabalgando sobre mi caballo para reunirme á mis compañeros?

—Al-Haken, está seguro que correspondo á tu amor, si acaso tienes necesidad de que te lo digan mis labios, cuando tantas veces te lo ha dicho mi corazón.

—Y sin embargo, repuso Al-Haken con acento triste, has reusado abandonar tu tienda para seguirme en el desierto...

—¡Con cuánto placer te seguiria, dueño mio! Pero acaso no eres tú bastante noble de corazón para impedirme si yo te lo propusiera? Sabe que mi padre es mas anciano que el camello que no resiste una carga de paja y que si yo me ausento de su lado morirá como el viajero que se extravía en el desierto.

Al-Haken pareció meditar un momento, al cabo del cual dijo á Zaida.

—Tienes razon y apruebo tu conducta. Mitigaré el anhelo de verte sentada á la grupa de mi caballo, saltando los torrentes y llevándote á los combates. La ancianidad de tu padre aplazará para un término breve mis esperanzas y entonces... ¡Oh! entonces podrás armar la tienda de piel de leopardo, preparar nuestra frugal comida, y conquistar por tí misma, armada como yo, cachemiras para tus hombros, brazaletes para tus brazos y tus piernas y aloe y ámbar para perfumar tus vestiduras. ¡Ah! ¡ya siento inflamarse mi sangre, viéndote caer como el águila sobre su presa, sobre la caravana, que huye y se dispersa ante nosotros!

A medida que Al-haken decia estas palabras, el rostro de Zaida se animaba con una espresion guerrera, difícil de describir.

—Si vieras, sultana mia, añadió el árabe con bética exaltacion, ¡cómo goza el espíritu en esas luchas! A la manera que el tigre asalta á la víctima de improviso, escondido detrás de la palmera, así nosotros, sorprendemos á los viajeros, que no tienen siquiera tiempo de percibir nuestros gritos de guerra, cuando nuestros alfanjes han atravesado su pecho, repartiéndonos luego el botín, cuando todavía la sangre y la pólvora mancha nuestros rostros y nuestras manos.

—¡Oh Al-Haken! calla y no enloquezcas mi corazón con tu relato, llevándome hasta el punto de montar en mi yegua para seguirte. Calla, porque amándote á tí, amo el peligro de la lucha, su estrépito y todo cuanto tú amas.

Los deberes de hija me llaman al antiguo aduar donde nací.

—Sea, sultana mia. Entre tanto pueda yo reclinar mi cabeza todas las noches sobre tu regazo, bendiciendo el nombre de Alah que me envió en tí una de las huris del paraiso.

A estas palabras siguió una pausa en la cual á no ser por el blando murmullo del viento, en las elevadas copas de las palmeras, se hubiera podido percibir el rumor de algunos besos apasionados.

Al-Haken y Zaida parecian comparar su felicidad con la del Gran Señor, parecian decir á su vez.

EL.—El sultan tiene un serrallo con doscientas mujeres hermosas, como otras tantas flores de diferentes climas.

El sultan tiene oro y plata en barras, ricas joyas y miles de esclavos.

Guarde el sultan sus doscientas concubinas, su oro, sus joyas, su plata y sus esclavos, y concédame Alah mi libertad y mi sultana.

ELLA.—Las mujeres del sultan tienen hermosos trajes de damasco, collares de perlas, perfumes de la Arabia, alfombras de Persia, jarrones de la China, para humedecer las fragantes flores que recogen en los espaciosos jardines.

Guarden las mujeres del sultan sus trajes, sus collares, sus alfombras... y concédame Alah el ser esclava de Al-Haken.

(Se concluirá en el próximo número).

EVARISTO ESCALERA.



## AVISO.

Los señores suscritores que les falte recibir alguno de los tomos de las obras á que optaron como regalo, se servirán reclamarlo antes de que concluya el año.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.  
EDITORES. MADRID: PRINCEPE. 4.